

triacó , en hacer el Danubio cada vez mas difícil de pasar , y en promover en torno de Napoleon las resistencias de todo género que cualquiera ventaja conseguida sobre él debia suscitarle naturalmente. Esto es al parecer cuando menos lo que hizo en los primeros momentos , empenándose en guardar mas fuertemente que nunca su posición frente por frente á Viena , dedicándose á aumentar las dificultades de todo paso ulterior del Danubio , concentrando en aquel punto el mayor número de fuerzas posible , dando al archiduque Juan la orden de que fuera á reunirse con él cuanto antes , y sobre todo cantando victoria en Alemania , escribiendo á todas partes que los franceses habian sido batidos y casi destruidos , hablando de treinta á cuarenta mil hombres entre muertos y heridos , y otros tantos prisioneros , de suerte que si estas voces hubiesen sido ciertas no habria quedado un soldado á Napoleon , diciendo era inevitable para los franceses tener que retirarse inmediatamente hacia Lintz , Passau y Strasburgo , y por último , prometiendo á todos libertarlos pronto y de un modo seguro si la Europa y particularmente la Alemania , queria secundar al Austria con solo un esfuerzo. Afortunadamente para Napoleon , lo mejor que supo hacer el archiduque para utilizar su victoria , fué alabarse del triunfo conseguido , y , dejando aparte la vanidad , en cierto modo era útil , como se verá bien pronto , alabarse hasta pasar de los límites de la verdad y el comedimiento.

Efectivamente , Napoleon tenia que temer mucho menos la consecuencia material de la batalla de Essling que las consecuencias morales. Realmente , aunque se le habia frustrado , como ya he-

mos dicho , el intento prematuro de pasar el Danubio , con guardar la isla de Lobau conservaba la base de todo paso ulterior , y habia causado al enemigo muchas mas bajas que las que él habia tenido , pero lo que se iba á decir en Alemania , en Francia , en Europa de aquellas dos grandes jornadas , podia provocar resistencias imprevistas , y disminuir el ascendiente moral que necesitaba para que le obedecieran , y para llevar hácia sí , todos los recursos de su imperio. Sin embargo , no se inquietó sino lo preciso por la ventaja que iba á sacar el enemigo de los últimos sucesos , y escribió á todas partes para encaminar la opinión , y para que se mirara como debia las dos jornadas de Essling. Mas que nada , tomó medidas vigorosas para reparar aquella derrota aparente ó efectiva , y aun sacar de ella dentro de muy poco tiempo resultados inesperados y decisivos.

El primer riesgo á que habia que hacer frente , era una tentativa por parte del archiduque Carlos para pasar el brazo pequeño del Danubio , é invadir la isla de Lobau. Napoleon no lo temia en manera alguna , siempre que los cuarenta y cinco mil hombres que permanecian en aquella isla inmensa al mando de Massena tuvieran viveres , municiones y vendajes. Su primer cuidado , como se acaba de ver , fué enviarles la noche misma del 22 y al día siguiente los espresados artículos , para lo cual sirvieron los barcos del puente grande destruido que quedaban. Gracias á esto , á las treinta y seis horas Massena tenia bastantes cartuchos de cañon y fusil para contener cualquiera tentativa de paso , y bastante galleta para preservar á sus soldados del hambre. Los ciervos y corzos , en que

abundaba la isla de Lobau, debian suministrar carne á aquella tropa de cuarenta y cinco mil cazadores. De este modo, merced al entusiasmo de los pontoneros, que á pesar de la avenida del Danubio, y de los enormes cuerpos flotantes cuyo choque era preciso arrostrar, no cesaron de trabajar en medio de los mayores peligros: durante aquel continuo tránsito, penoso en extremo, tuvo el ejército lo necesario para defenderse y vivir.

El segundo peligro de que habia que ocuparse al instante era la posibilidad de verificar el paso hácia Presburgo, único á que Napoleon daba algun crédito, por ser el que menos audacia exigia; mas para contrarrestarlo, era preciso haber superado una dificultad grave, cual era, establecer el puente sobre el brazo mas ancho, aunque solo fuese provisionalmente, pues sin este puente el mariscal Davout estaba espuesto á encontrarse solo con dos de sus divisiones, y con la porcion de la guardia y de la caballería pesada que todavia no habia pasado, para resistir al archiduque Carlos. La tercera division del mariscal Davout, mandada por Morand y que habia quedado entre Saint-Polten y Viena, seria evidentemente indispensable para contener la capital mientras combatieran los dos ejércitos. Es verdad que aquel valeroso lugarteniente de Napoleon habia respondido con su cabeza que detendria con veinte y cinco ó treinta mil hombres á todas las fuerzas que se presentaran por la parte de Presburgo, y se podia esperar del terco vencedor de Awerstaedt que realizaria su promesa; pero era aquella una posicion muy crítica, é importaba muy mucho volver á establecer pronto las comunicaciones entre la orilla derecha y la isla

de Lobau, para que todo el ejército pudiera reunirse en caso necesario en la otra orilla. Napoleon se dedicó á ello sin descanso, aunque sabia el estado en que dejaba al ejército austriaco al pasar él á la isla de Lobau, y le bastaba la doble experiencia que tenia de la guerra y del carácter de su adversario, para estar cierto de que despues de dos jornadas como las de Essling, no era de temer ocurriera otra inmediatamente. Los marinos de la guardia, traídos de Boloña á Strasburgo y de Strasburgo á Viena, acababan de llegar afortunadamente, y de ellos se valió el emperador para acelerar el establecimiento de nuevas comunicaciones. Consagrados á esto con su celo y habilidad de costumbre, cruzando continuamente el Danubio, ya para trasportar municiones, ya para detener los cuerpos flotantes que nos arrojaba el enemigo, ayudaron á dominar el obstáculo que presentaba aquel rio inmenso, tan rápido como un torrente y tan ancho como un brazo de mar. Mientras se construía el puente, se dió principio al pase en barcos de parte de la infantería de la guardia, de la isla de Lobau á Ebersdorf. El 23, por medio de pontones que habian servido para pasar el brazo pequeño, y de barcos recogidos en el rio, se consiguió establecer un puente, con el cual era preciso no contar para emprender una operacion ofensiva, pero bastante sólido para una retirada que fuese haciéndose por intervalos. Cada destacamento que se trasportaba á la margen derecha, ponía al mariscal Davout en situacion de resistir mejor un ataque hácia Presburgo, y en cuanto al que pudiera dirigirse contra la isla de Lobau, visiblemente no era ya de temer cuando no se habia intentado el 23 ó el 24.

Después de la guardia pasó la division Demont, en seguida la caballería ligera que importaba mucho enviar de exploradora á los contornos de Presburgo, luego la caballería pesada, y en fin todo el cuerpo de Lannes, que desde que este fué herido mortalmente estaba á las órdenes del general Audinot, y no podía estar en mejores manos. Así que acabaron de pasar estas tropas, lo cual sucedió el día 27 de mayo, nada había ya que temer, pues el mariscal Davout tenía bajo su mando sesenta mil hombres por lo menos, y ninguna tentativa del archiduque Carlos sobre la orilla derecha presentaba desde entonces probabilidad de buen éxito. Napoleón dirigió á Lasalle y Marulaz sobre Haimburgo, para vigilar y contener con nueve regimientos de caballería ligera lo que pudiera venir de Presburgo, ora fuese el ejército del archiduque Carlos, ora simplemente la insurrección de Hungría que empezaba á reunirse. A Monbrun lo dirigió sobre OEdesburgo, al otro lado del lago de Nensiedel, para que observara los caminos de la Hungría é Italia, por donde podía aparecer el archiduque Juan, en retirada delante del príncipe Eugenio. El general Lauriston no había cesado de mantenerse en Bruck con los badenses y la caballería del general Bruyere, para tender la mano al príncipe Eugenio metido en los caminos de la Stiria. Napoleón situó, como ya lo había hecho, á la caballería pesada detrás, á fin de sostener á la caballería ligera. Por último, el mariscal Davout, con las dos divisiones Friand y Gudín, la division Demont, todo el cuerpo de Oudinot y la guardia, es decir, con cincuenta á sesenta mil hombres, estaba en Ebersdorf, dispuesto á arrojarse sobre el archidu-

que Carlos, por cualquier lado que se presentara.

Resolvió Napoleón llevar mas fuerzas aun sobre Viena, y pensando que los bávaros serian suficientes para defender su pais, no solo por la parte de las montañas del Tirol, sino hácia el Danubio, mandó al mariscal Lefebvre enviarse una division bávara á Lintz para que reemplazara allí á la division Dupas y á los sajones, que á las órdenes del mariscal Bernadotte guardaban aquel punto. El general Vandamme debia quedarse con los wurtembergenses en Krems, mientras que el mariscal Bernadotte, con sus diez y ocho mil hombres, recibia orden de avanzar sobre Viena para aumentar las tropas amontonadas allí. El cuerpo de Massena, de que no hemos hablado en esta enumeracion, quedó en la isla de Lobau á fin de guardar aquel punto, que á pesar del uso que se acababa de hacer de él, era todavía el sitio mas á propósito para pasar el Danubio. Napoleón, cuya profundidad de pensamientos no tenía límites, había buscado y encontrada ya medio de servirse de él de un modo tan nuevo que el enemigo, aun estando advertido por medio de una tentativa anterior, seguramente se hubiera engañado. Calculó que ya para reunir y emplear el material necesario, ya para dejar venir la estacion de la corriente de aguas natural, necesitaba todo un mes, y que hasta fines de junio ó principios de julio no estaria preparado para dar el golpe que debia poner término á la guerra. Este era tambien el tiempo que había menester para recibir sus refuerzos, organizar mas por completo su línea de operaciones, y llevar á Viena el ejército del príncipe Eugenio. Dispuso, pues, el complemento de estos diversos designios con una sangre

fria imperturbable, una actividad increíble y una actitud tan arrogante como hubiera podido demostrar al día siguiente de una gran victoria.

Desde luego se ocupó en preparar por todas partes materiales, y como Viena estaba llena de madera, mandó buscarla, escogerla y trasportarla mas abajo de Ebersdorf. Luego, viendo que los obreros de Viena no tenían trabajo, resolvió emplearles pagándoles en papel moneda austriaco, del cual estaban atestadas las arcas públicas que habíamos cogido. Llevó á la isla de Lobau constructores, y aun los hizo ir de Francia trasladándolos en posta. Encargó barcos de todas formas y dimensiones con arreglo á un plan que daremos á conocer cuando llegue el momento de ello. En fin, sin perder un solo día, dió las órdenes siguientes para aumentar el ejército. Como habia tenido cuidado de henchir los depósitos, ya con la ayuda de una anticipacion sobre la conscripcion de 1810, ya con el auxilio de un nuevo alistamiento sobre las clases anteriores, podia sacar hoy la gente llamada antes á las armas, seguro de que la remplazarían los recién llamados. En su consecuencia mandó encaminar hácia Strasburgo todos los conscriptos ya instruidos, reuniéndolos en batallones de marcha que debían llevar los números de las divisiones militares en que estaban situados los depósitos. Otro medio mas seguro aun tenia de proporcionarse inmediatamente hombres formados del todo, cual era tomarlos de las semibrigadas provisionales que habia organizado en el Norte, en las fronteras del Rhin, y aun en Italia, componiéndolos de cuartos y quintos batallones. Mandó, pues, sacar de ellas numerosos reclutas para los cuerpos de Massena, Oudi-

not y Davout, enviando unos directamente á su regimiento, é incorporando los demas á los regimientos á que no pertenecian por haber sido destinados á ellos desde un principio. Ya habia recurrido Napoleon á este último medio, pero insistió en emplearle en vista de lo urgente de las circunstancias, y lo aplicó á tres regimientos que habian vuelto hacia un año de Portugal, y quedándose en las costas de Bretaña, donde se les habia provisto ámpliamente de soldados jóvenes. De ellos sacó tres ó cuatro mil hombres perfectamente instruidos, y que, mediante su incorporacion en otros regimientos podian servir para reclutar aquellos cuyos depósitos carecian de conscriptos. De este modo designó de veinte á veinte y cinco mil infantes que debían suministrar los depósitos de Francia, y de seis á ocho mil los de Italia. Iguales medidas adoptó respecto á la caballería, la cual tenia en sus depósitos recursos de consideracion, en vista de que hasta entonces no se habia sacado mucho de ellos, y mandó dirigir numerosos escuadrones de marcha del Rhin al Danubio. Trabajó sobre todo en remontarla, porque habia perdido mas caballos que gente, y con este objeto mandó formar dos depósitos, uno en Baviera para comprar caballos alemanes de caballería pesada y mediana; y otro en Hungría para hacerse con caballos de caballería lijera. Ocupóse, en fin, con particular esmero de aumentar su artillería, y como la del enemigo le habia causado tanto daño en Essling, para reforzar la suya recurrió á un ensayo que no justificó la esperiencia, cual era dar á los regimientos de infantería cañones servidos por los mismos regimientos, los cuales tenían infantes adiestrados en este ser-

vicio. La dificultad de sacar artilleros de los depósitos en número suficiente y en tiempo hábil le decidió á hacer este ensayo que con su tacto superior hubiera rechazado en cualquiera otra circunstancia; pues era fácil preveer que en materia de armas especiales con nada se podia reemplazar una instruccion prolongada, y sobre todo, que nunca sabria la infantería cuidar el material como era capaz de hacerlo un cuerpo esclusivamente destinado á este objeto. Napoleon resolvió dar doscientas bocas de fuego á la infantería, al pie de cuatro por cada regimiento, consagrando á este uso las piezas de calibre inferior, como por ejemplo, las de á tres y á cuatro. Quiso además que la reserva de artillería de la guardia ascendiera de sesenta piezas de cañon que entonces tenia, á ochenta y cuatro, sacando de Italia y Strasburgo las compañías de artilleros que necesitase. De este modo contaba con proporcionase setecientas piezas de artillería, masa de fuego terrible, que suponía cuatro piezas por cada mil hombres, y pasaba de todas las proporciones admitidas hasta aquel dia. Estas diversas medidas debian llevar de Francia é Italia, dentro de un mes ó dos unos cuarenta mil hombres; refuerzo que compensaba con mucho todas las pérdidas de la campaña, sin el cual podia pasarse en rigor para dar una batalla decisiva, porque en aquel momento iban llegando los reclutas pedidos despues de lo de Ratisbona, pero que en todo caso pondria á Napoleon en situacion de continuar la guerra, cualesquiera que fuesen sus alternativas.

Ademas de esto, que hizo Napoleon respecto á los diversos cuerpos del ejército en general, se ocupó particularmente de la guardia imperial. Tenia

consigo los granaderos y cazadores que componian la guardia antigua, y los fusileros y tiradores que componian la moderna. Habia mandado organizar conscriptos, formados como ya hemos dicho, no tomando del ejército gente escogida, sino eligiendo buenos chicos en la conscripcion. Dos de estos regimientos de conscriptos, uno de granaderos y otro de cazadores, se hallaban en Augsburgo, desempeñando allí una doble tarea, la de instruirse y la de servir de reserva contra los movimientos insurreccionales del Tirol y de Suabia. Napoleon mandó dirigir hácia Viena los dos regimientos que estaban en Augsburgo, y hácia Augsburgo los dos que se formaban en Strasburgo. De este modo no debia disminuirse la reserva de Augsburgo, reserva que interesaba mucho á Napoleon, en la prevision de lo que podia suceder á su espalda, de resultas de las conmociones que causaran las jornadas de Essling; y que se componia de los destacamentos enviados para reclutar el ejército, los cuales iban alternando en su permanencia en Augsburgo, del regimiento número 63, reorganizado desde su contratiempo en Ratisbona, tanto con conscriptos, como con prisioneros rescatados por medio de un cange, y por último, de seis regimientos provisionales de Dragones, formados con los terceros escuadrones de los regimientos que servían en España. Las semibrigadas provisionales, que no debian ser disueltas para reclutar el ejército, se reunian con el mismo objeto en Wurzburg, Hanau y Maguncia. El cuidado que se tomaba Napoleon por recomponer en Augsburgo al 63, se lo tomaba tambien en Italia para recomponer el 35.º sorprendido en Pordenona, y que se habia hecho

ilustre con su heroísmo en aquella desgraciada ocurrencia. Contando con poder sacar de los depósitos de Italia, gracias á las medidas que habia prescrito, siete ú ocho mil hombres con su material correspondiente, envió el general Lemarois á Osopo, para que se ocupara en promover todo esto, pues sabia que sin un gefe especial encargado de ello espresamente; muchas veces falta la atencion necesaria en los objetos mas esenciales, y que de descuidar los pormenores suelen resultar de vez en cuando catástrofes. Habiendo ya sido hecho prisionera una columna de conscriptos en el Tirol, mandó que las demas contuviesen cuatro mil hombres, cuando menos bajo el mando de un general de brigada, y que fuesen por el camino de Carintia, el mismo que debia seguir el principe Eugenio en su marcha sobre Viena.

Efectivamente el principe Eugenio acababa de llegar á aquel camino, y el efecto moral de su reunion con Napoleon iba á compensar la impresion producida por las jornadas de Essling en ánimos prevenidos, que creian en nuestros reveses porque los deseaban.

El virey habia tomado el camino de Carintia en pos del archiduque Juan, y el general Macdonald el de la Carniola, tras de Ignacio Giulay, ban de Croacia, continuando esta persecucion durante los dias que trascurrieron antes y despues de la batalla de Essling, con la misma ventaja para los franceses, y las mismas pérdidas para los austriacos. El 16 de mayo consiguió el principe Eugenio entrar en las gargantas de los Alpes Cárnicos, por delante del fuerte de Malborghetto, que interceptaba absolutamente el paso á la artillería, mientras que el ar-

chiduque Juan acampaba al otro lado, sobre la posicion de Tarvis. Se entró con bayoneta calada en la aldea de Malborghetto, y se contentó con bloquear el fuerte que impedia el paso del camino real. En seguida la infantería y la caballería dejaron atrás á Malborghetto para dirigirse hácia Tarvis, á donde llegaron sin artillería en presencia de los austriacos, que tenian mucha. Era preciso salir de semejante situacion, que podia hacerse crítica, y el principe Eugenio salió de ella por medio de un golpe de vigor. A fuerza de dar vueltas al fuerte de Malborghetto, se acabó por descubrir una posicion en la que se logró levantar una batería compuesta de varias bocas de fuego. Despues de batir bien el fuerte se resolvió tomarle, á pesar de las obras de relieve, y se consiguió, gracias á la osadía de las tropas que escalaron fortificaciones regulares bajo la metralla, perdiendo, cuando mas, ciento á doscientos hombres. Animados nuestros soldados con la dificultad, pasaron á cuchillo á parte de los desgraciados defensores del fuerte, hicieron prisioneros á los demas, y enarbolaron la bandera francesa en la cima de los Alpes Cárnicos. Este acto atrevido ocurrió el 17 de mayo. Marchóse el mismo dia hácia Tarvis, con la artillería, á la que ningun obstáculo detenia ya, y los austriacos, que nos creian sin cañones, quisieron defender las escarpadas orillas del rio Schlitzza; pero pronto se desengañaron con la metralla que llovía sobre ellos. Acometidos vivamente por las tropas, á las que llenaban de entusiasmo las ventajas conseguidas, perdieron tres mil hombres y quince piezas de artillería. En aquel mismo momento, el general Seras, destacado hácia el camino

de Cividala, tomaba el fuerte de Predel, con igual vigor é igual éxito.

Perseguido de este modo el archiduque Juan, no podía ya penetrar en la Alta Austria, como pensó en un principio, y aun recibió la órden, cuando se lisonjaban los archiduques poder reunirse sobre Linz, ó sobre Sajat Polten, delante de Viena. Dirigiéndose el ejército francés en su rápida marcha hacia los caminos del Tirol y la Austria Alta, no quedaba al príncipe austriaco otro partido sino encaminarse hacia Hungría, donde tenia probabilidad de pre-tar todavía útiles servicios, ya reforzando al archiduque Carlos, ya impidiendo que el ejército de Alemania se reuniera con el príncipe Eugenio y con los generales Macdonald y Marmont. Este último papel era el que mas convenia á la afición que tenia ó aislarse, y adquirirse de por sí una gloria en aquella guerra; pero su hermano el generalísimo, deseoso de que todo concurriera á la accion principal, era de diferente parecer, y queria que fuera á formar detrás del Danubio en Presburgo, dejando á la insurreccion húngara y al ban Giulay que dieran en que ocuparse al príncipe Eugenio, y á los generales Macdonald y Marmont. El archiduque Juan, colocado entre sus deseos personales y las instrucciones de su hermano se retiró hacia Gratz, á esperar allí las nuevas órdenes que había solicitado. Habiendo perdido en aquella campaña cerca de quince mil hombres, y dado al ban Giulay unos diez ó doce mil no le quedaban mas que quince mil al marchar sobre Gratz; pero contaba con rehacer su ejército por medio de algunas incorporaciones de tropas. Pensando no habia que prometerse mucho de los tiro-

leses desde el combate de Worgel, creyó que debia retirar del Tirol al general Chasteler, que se habia encerrado allí con nueve ó diez mil hombres, y al general Jellachich, que se habia refugiado allí tambien con ocho ó nueve mil. Mandó, pues, á los dos que se abrieran paso por el ejército del príncipe Eugenio, arrojándose de improviso, ó sobre su vanguardia ó sobre su retaguardia, de modo que fueran á desembocar por Léoben sobre Gratz. Suponiendo que estos dos generales dejasen algunos destacamentos en Tirol, para que sirvieran de apoyo á los insurrectos, podia traer á Hungría unos quince mil hombres, que añadidos á lo que él conservaba, le formarían un cuerpo escelente de cerca de treinta mil combatientes. Con los diez ó doce mil de Giulay, con la insurreccion húngara y croata, y con algunos batallones de *landwehr*, esperaba poder proporcionarse todavía unos cincuenta á sesenta mil hombres, y mantener el campo ocupando á todas las fuerzas francesas de Italia y Dalmacia.

Este era un sueño como tantos otros que no habia cesado de forjar el archiduque Juan durante aquella campaña, sueño que suponía vencidas todas las dificultades que quedaban por superar para efectuar tan diversas incorporaciones de tropas, en presencia de las del príncipe Eugenio y los generales Macdonald y Marmont. Con efecto, mientras que el príncipe austriaco se habia retirado sobre Gratz, enviando á los generales Jellachich y Chasteler la órden de reunirsele, el príncipe Eugenio, instado á reunirse á Napoleon al pie de los muros de Viena, habia marchado hacia Léoben, siguiendo el camino real que del Frioul desemboca por la Carintia y la

Stiria sobre la baja Austria. El general Jellachich, conformándose con las órdenes que habia recibido, se apresuró á dejar el Tirol al instante, y procuró deslizarse por entre el ejército francés de Italia, ocultándose en las gargantas de las montañas, al acecho de una ocasion favorable. Llevando como llevaba consigo nueve mil hombres, podia pasar por en medio de una vanguardia, ó de una retaguardia, y bajar en seguida sobre Gratz. De este modo llegó el 25 de mayo, tres dias despues de la batalla de Essling, á la posicion de San Miguel, delante de Léoben, mientras que el príncipe Eugenio se hallaba algo á la derecha por la parte de Gratz, á donde se habia dirigido para observar la marcha del archiduque Juan hácia Hungría. Las patrullas de caballería manifestaron bien pronto á unos y otros el descubrimiento que acababan de hacer, y separado Jellachich del archiduque Juan por el príncipe Eugenio, no halló medio de evitar el combate. Tomó posiciones en las alturas de San Miguel cerca de Léoben, lisonjeandose, gracias á los sitios, poder resistir á fuerzas infinitamente superiores; pero el ejército del príncipe Eugenio, que aun despues de haber destacado al general Macdonald no bajaba de treinta y dos á treinta y tres mil hombres, y que, por otra parte, estaba de número en esto de alcanzar triunfos y cometer actos de temeridad afortunados, no podia en manera alguna detenerse delante de un cuerpo tres veces menos numeroso que él. Era preciso atravesar un rio, y luego trepar montañas para embestir á los nueve mil hombres de Jellachich; pero todo esto se ejecutó con una audacia extraordinaria, á pesar del fuego de fusilería y la metralla, y rotas las tropas de Je-

llachich, perdió en unas cuantas horas cerca de dos mil muertos y heridos, y cuatro mil prisioneros. Mucho trabajo le costó, dispersándose en todas direcciones, y á favor de un pais adicto enteramente al Austria, salvar tres mil hombres que condujo hácia Gratz al archiduque Juan.

Menos probabilidades habia aun respecto á la reunion del general Chasteler, quien no podia llevar mas de cinco ó seis mil hombres, despues de los destacamentos que dejaba en el Tirol, y que debia encontrar definitivamente ocupado por los franceses el camino de Carintia y Estiria. El archiduque Juan, veia pues, que sus fuerzas ascendian á diez y ocho mil hombres cuando mas con la reunion de los restos del general Jellachich, y no sabia todavía lo que sucederia al ban Giulay, que con su destacamento y los croatas insurreccionados tenia que habérselas con los generales Macdonald y Marmont. Creyendo prudente acercarse á Hungría, puso guarnicion en la fortaleza de Gratz, y se dirigió hácia el Raab, esperando siempre órdenes de su hermano el generalísimo, y dejando al victorioso príncipe Eugenio marchar sobre Viena, á donde ningun obstáculo podia impedirle llegar, puesto que el destacamento del general Lauriston estaba en Bruck para darle la mano. Efectivamente, en las cercanías de Bruck se reconocieron las vanguardias francesas, abrazáronse, y desde entonces quedó consumado el hecho tan importante de la reunion de los ejércitos de Italia y Alemania.

No menos afortunadamente habia marchado el general Macdonald hácia el camino que va de Udino á Laybach, con los 16 ó 17 mil hombres que se le habian confiado. Pasó el Isonzo, dió la vuelta al



fuerte de Prevald que mandó derribar de paso, y fué á desembarcar á Laybach, apoderándose de un batallon entero que encontró en el camino: durante este tiempo un destacamento suyo ocupaba á Trieste. Al llegar delante de Laybach, despues de haber recogido muchos prisioneros, el general Macdonald se halló allí con un vasto campo atrincherado, construido á mucha costa, y defendido por una fuerte columna de tropas que hacia fuese casi imposible el tomarlo. El general francés vacilaba entre si lo atacaria ó no con las fuerzas que tenia, temiendo debilitarse por medio de una tentativa infructuosa, y no poder en seguida mantener el campo. Iba pues á pasar adelante, teniendo como tenia prisa de reunirse al príncipe Eugenio, cuando, asustado el comandante, le dirigió proposiciones de entrega. El general Macdonald las aceptó, y de este modo hizo de paso cuatro ó cinco mil prisioneros, ocupó las escelentes obras de Laybach y llegó al camino de Gratz, donde esperaba encontrar al grueso del ejército de Italia, el 30 de mayo, habiendo atravesado con fortuna una vasta estension de terreno, y llevando por delante de siete á ocho mil prisioneros recogidos en Prevald, en Laybach, y por el camino. En Gratz se detuvo esperando ordenes del virey y envió patrullas á los caminos de la Carniola para adquirir noticias del general Marmont, quien, por lo demas teniendo como tenia consigo diez mil soldados y de los mejores, nada podia temer de las tropas del ban Giulay, y de los pelotones de insurrectos esparcidos en su camino.

En esta reunion de fuerzas que proporcionaba á Napoleon cerca de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres de refuerzo, y cuando mas de quince

á diez y ocho mil al enemigo, tenia aquel un medio seguro de vengarse de las jornadas de Essling. Queriendo indemnizar á su hijo adoptivo del perjuicio que habia podido causarle la jornada de Sacila, teniendo gusto en recompensarle por sus triunfos durante su marcha de Verona á Léoben, y dando sobre todo gran importancia á la publicacion de las preciosas ventajas que debian resultar de la reunion de todos los ejércitos franceses, redactó una brillante órden del dia, en la cual pagó al ejército de Italia un justo tributo de elogios, y espuso sus altos hechos de armas con cierta exageracion, que no distaba mucho, por otra parte, de la verdad, pues desde Verona el príncipe Eugenio y el general Macdonald habian arrebatado al enemigo (1) entre muertos, heridos y prisioneros, nada menos que veinte mil hombres, contra cuatro ó cinco mil, cansados ó heridos que se habian dejado en el camino.

Suponiendo que el príncipe Eugenio pudiera suministrar treinta mil hombres vivos y efectivos y

(1) Preciso es que sea así para explicar y justificar el aserto de los narradores austriacos, los cuales no dan arriba de doce mil hombres al archiduque Juan cuando llegó Gratz, mientras que seguramente tenia cuarenta y tantos mil hombres al pie de los muros de Verona. Con el destacamento del ban Giulay, no le quedaban mas que veinte ó veinte y cuatro mil: no hay, pues, exageracion en la valuacion de las pérdidas que damos aquí, despues de haber atenuado en mucho los partes del príncipe Eugenio y el general Macdonald, partes llenos, por lo demas, de notable modestia, y que forman singular contraste con los relatos fastuosos de los generales austriacos.

el general Macdonald quince mil, era, sin contar el general Marmont, á quien se podía dejar en caso necesario en Estiria ó en Hungría, una fuerza de cuarenta y cinco mil hombres, ó de cuarenta mil cuando menos, la que se añadía al ejército francés al pie de las murallas de Viena. Agregándolos á las cien mil que debían proporcionar la reunion del mariscal Davout, el mariscal Massena, el general Oudinot, la reserva de caballería, la guardia imperial y los sajones, Napoleon iba á tener á mano, aun antes que llegaran sus refuerzos, la enorme masa de ciento cuarenta mil hombres, muy suficientes para dar una batalla decisiva allende el Danubio. No se hallaba el archiduque Carlos en situacion de reunir otro tanto, ni de tan buena calidad, aunque tuviera el talento, y no era de presumir en él de manera alguna, de reconcentrar sus fuerzas el día de la batalla, como estaba seguro que sabría hacerlo Napoleon, cuando llegase el momento oportuno. Tenia, pues, Napoleon medio para acabar la guerra, así que estuviesen concluidos los inmensos preparativos que se hacían para pasar el Danubio. Sin embargo, resuelto esta vez á pujar sobre seguro, no quería dar aquella accion decisiva, que debía ser la postrera, sino cuando por una parte se hubiese dominado el Danubio con obras de completa solidez, y por otra el príncipe Eugenio y los generales Macdonald y Marmont, estuvieran dispuestos á concurrir directa ó indirectamente á las operaciones delante de Viena.

A este fin iban encaminadas todas las instrucciones que dió al príncipe Eugenio, á quien dirigió, así que lo tuvo á su alcance, como á un hijo, como á un discípulo, cuyo talento tenia gusto en

hacer brillar, impaciente por asegurar su cooperación en los grandes sucesos que se preparaban. «Ahora debeis proponeros varios objetos, le escribió en una serie de cartas admirables: el primero es, acabar de perseguir al archiduque Juan, á fin de que no quede en la derecha del Danubio ni en la frontera de Hungría ningun peloton de tropas capaz de inquietarnos, mientras que maniobremos alrededor de Viena; el segundo, hacer retroceder á este príncipe hácia el Danubio, y obligarle á tener que pasar el rio en Kollomorn mas bien que en Presburgo, de manera que siendo lo mas estenso posible el arco que describa, tenga menos probabilidad que vos de hallarse presente en la próxima batalla; el tercero, separar al archiduque Juan de Chasteler, Giulay, y cuantos puedan engrosar su peloton mientras que vos al contrario, hareis se os reunan Macdonald y Marmont; el cuarto, por último, ocupar la orilla del Raab, rio que desaguando en el Danubio cerca de Komorn, forma una barrera, con la cual se puede estar á cubierto contra la Hungría, y apoderarse para esto de la plaza de Raab, que domina este rio hácia su embocadura, y de la ciudadela de Gratz que la domina cerca de su nacimiento, de modo que unos destacamentos dejados en esa línea puedan defenderla, mientras que, ocultando su marcha á los ojos del enemigo el ejército de Italia, venga á formar al pie de los muros de Viena una de las alas del ejército grande.» Estos eran los objetos principales que Napoleon señalaba al príncipe Eugenio, designándole como objetos accesorios que aprovechará para sí y para el ejército grande los vastos recursos que ofrecia Hungría en granos, forra-